

Bautismo. Año C

Lectio divina sobre Lc 3,15-16.21-22

Que Jesús hubiera sido bautizado por Juan creó serias dificultades a los primeros cristianos. Y es que el bautismo de Juan era un signo de conversión en espera del Reino, algo que cuadraba mal con la confesión de fe en Cristo Jesús. Lucas soluciona el problema haciendo que Juan confiese su indignidad frente a Jesús, la ineficacia de su bautismo frente al de Jesús y, sobre todo, leyendo en profundidad el hecho histórico: en el momento en que Jesús se solidariza con los pecadores, Dios sale al descubierto para proclamarle su Hijo predilecto; dejándose bautizar, Jesús no admite convertirse, es Dios quien se confiesa como Padre. Su palabra y su Espíritu, ambos sensiblemente, lo individualizan de entre la muchedumbre, ante la cual Dios se da a conocer como su Padre. Así, el recuerdo de un hecho incómodo se convierte en manifestación del misterio personal de Cristo y en desvelamiento de la vocación universal del cristiano. Como con Cristo, en los bautizados Dios reconoce delante del mundo a sus hijos y les confiere su Espíritu; el bautismo cristiano no es, pues, un rito de conversión a Dios: no es el creyente quien se convierte a Dios, es Dios quien se le convierte, y públicamente, en su Padre.

En aquel tiempo, ¹⁵el pueblo estaba en expectación, y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; ¹⁶él tomó la palabra y dijo a todos:

«Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.»

²¹En un bautismo general, Jesús también se bautizó. Y, mientras oraba, se abrió el cielo, ²²bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, y vino una voz del cielo:

«Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Tras haber narrado nacimiento e infancia de Jesús (Lc 1,5-2,52), Lucas inicia, propiamente, su evangelio como lo hizo Marcos (Mc 1, 2-11), mostrando al Bautista, la persona y su misión, dentro de la historia de la humanidad (Lc 3,1-3) y cumpliendo las promesas divinas (Lc 3,4-6).

El texto que la liturgia nos ofrece abrevia considerablemente la presentación lucana del Bautista (Lc 3,1-20); lo que sobre su persona y el mensaje se dice (Lc 15-16) sirve como introducción y contraste de cuando se narra sobre Jesús (Lc 3,21-22). Así la diferencia entre ambos es neta y la superioridad de Jesús queda mejor ratificada. A las palabras de Juan sobre su ministerio, lo que hace, bautizar con agua, y lo que anuncia, al que bautizará con Espíritu y fuego (Lc 3,16), se contraponen no las palabras de Jesús, sino las del mismo Dios sobre su hijo predilecto (Lc 3,22). Jesús bautizará con el Espíritu, porque el Espíritu ha bajado sobre él. Y Juan no es más que siervo indigno suyo, porque Jesús es hijo preferido de Dios.

La figura de Juan queda, con todo, bien parada (Lc 3,15-15): Lucas reconoce la expectación que provocó su presencia y la esperanza mesiánica que alimentó su actuación. Y es a su favor que supiera reconocer que la suya era misión de precursor, que anuncia con lo que dice y con cuanto hace al que ha de venir.

La breve crónica del bautismo de Jesús (Lc 3,21-22) no deja de ser llamativa. Tener que reconocer que Jesús *también* se bautizó, aceptando así participar en un movimiento popular de conversión, no era admisión baladí. En ese camino de retorno a Dios, en el que Jesús acompañaba a su pueblo, Dios, como Padre, le viene al encuentro. La oración de Jesús bautizado con agua es el 'lugar' de su bautismo con el Espíritu y el momento de la revelación de Dios. No es el bautismo que hizo a Jesús hijo, es Dios quien lo proclamó públicamente tal tras su bautismo y mientras rezaba. Orar alimenta la conciencia de ser hijo preferido, porque da la oportunidad a Dios para decirnoslo con mayor claridad.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Tras la celebración de la encarnación de Dios en las pasadas fiestas de Navidad, iniciamos hoy una nueva etapa. El evangelio nos ha recordado el bautismo de Jesús, sin duda uno de los sucesos más decisivos de su vida. De la contemplación de Dios, hecho niño en Belén, pasamos a ver a Jesús, el Dios hecho hombre adulto, a orillas del Jordán, donde se somete a ese rito público de conversión que era el bautismo de Juan.

A fuer de conocida, no nos sorprende ya esta decisión de Jesús. Pero debería provocarnos estupor, cuando no escándalo. Y es que Juan predicaba la conversión a Dios, porque esperaba un castigo inminente para el pecador. En este contexto, el bautismo era paso necesario para cuantos se sentían alejados de Dios y, sabiendo que estaba por venir, temían un juicio que les fuera contrario. La decisión de Jesús de someterse al bautismo resulta, por tanto, difícil de entender..., para quienes no toman en serio su voluntad de encarnación, de acercamiento a nuestros problemas y a nuestros sentimientos, a nuestra realidad y a nuestras esperanzas. No es que necesitara convertirse a Dios, es que quiso acercarse a nosotros.

La primera lección que nos da hoy Jesús, queriendo recibir el bautismo de agua, - él, que no lo necesitaba, él, que podía bautizar con Espíritu y fuego -, es, pues, ése su empeño en volverse en todo semejante a nosotros. No nos pide más de cuanto ya ha hecho él; nos facilita el cumplimiento de sus exigencias apareciendo ante los demás como necesitado de cumplirlas. Para hacer menos penosa su llamada a la conversión, se solidariza con los pecadores, sin emularnos en el pecado pero asemejándose en la penitencia. Y ello a costa de aparentar estar necesitando de la misma salvación que Él quiere darnos: quien ama, no duda en ponerse al nivel de su amado. En su bautismo, Jesús nos ha dado una prueba de su benevolencia. Quien iba a exigir la conversión, se muestra necesitado de ella; con tal de no abrir distancias con nosotros, pecadores, se une al número de los bautizados por Juan; se deja ver entre quienes necesitaban de conversión, para no humillar a aquellos a quienes va a proponérsela. Tenemos en Jesús un Dios que, por no herir nuestra susceptibilidad, se ha puesto a nuestra altura. Un Dios así, en todo semejante a nosotros menos en el pecado, merece todo nuestro respeto.

Jesús, que se sometió al bautismo de Juan, no tenía necesidad alguna de ello. Se encargó de decirlo el mismo Dios: era su Hijo predilecto. Precisamente porque su bautismo encarnaba la voluntad de cercanía que Dios alimenta para con los pecadores, ese hombre pertenece a Dios, tenía a Dios por Padre. En su acto de acercamiento a los hombres, Jesús nos ha descubierto su verdadera naturaleza: es Hijo amado de Dios. Dios se declara Padre de aquel que conoce su querer y lo realiza: Jesús se solidarizó con toda aquella gente que intentaba volver a Dios y, convirtiéndose a Dios, deseaba ponerle en el centro de sus vidas. Si Jesús es reconocido por el mismo Dios como su Hijo en un momento tan 'inoportuno' como fue durante su bautismo, cuando estaba dando a entender a todos que era un pecador más, significa que todos los que se reconozcan pecadores tienen abierto un camino para ser reconocidos por Dios como hijos: el reconocimiento de la propia culpa, sin excusas y sin olvidos, nos hace hijos de Dios, semejantes al Hijo amado. No se entiende, pues, bien que los cristianos hoy nos dediquemos con tanto empeño como, en el fondo, inconsciencia a olvidar nuestro pecado y la necesaria conversión. Perdemos la oportunidad de que Dios nos reconozca como hijos y se convierta en nuestro padre.

Y es que la conversión a Dios convierte a Dios en Padre nuestro siempre. Reconocer el propio pecado y la necesidad de vuelta a Dios nos consigue ser reconocidos hijos por Dios. Lo que ocurrió a Jesús, hombre maduro, puede ocurrirnos a nosotros, si imitamos la madurez de su fe. El cristiano se hace adulto no cuando se cree perfecto, sino cuando conoce su inmadurez y la confiesa; entonces Dios lo declara, como hizo un día con Jesús, hijo predilecto. Si son aceptadas y confesadas, nuestras faltas y limitaciones no nos apartan de Dios, más bien nos lo acercan. Y no como juez temible, sino cual Padre bondadoso. Si no nos queda otra posibilidad, si no tenemos otro recurso a nuestro alcance, aprovechemos al menos nuestros pecados para volver a Dios. En el camino de regreso nos sorprenderá su voz y su abrazo; nos toparemos con un Padre que nos acepta como sus hijos. Un Dios así merece toda confianza.

Durante el tiempo ordinario vamos a ir acompañando de nuevo a Jesús, quien irá explicándonos mejor cómo es nuestro Dios, cómo quiere ser Dios para nosotros. Acompañándole mientras camina y escuchándole si predica, iremos conociendo más a ese Dios que es su Padre y reconociendo mejor nuestra incapacidad para cumplir con sus exigencias; pero ello no nos debe desanimar. Pues, en cuanto bautizados ya como Jesús, contamos con un Dios que reconoce sus hijos entre aquellos que quieren tenerle como su Dios, por más pecados que tengan. Tener a Jesús, lo que él decía y sentía, como programa de actuación durante el año nos hará recobrar, cada vez con mayor nitidez y eficacia, la conciencia de la filiación divina. Como Cristo, cualquier cristiano puede sentirse, saberse, hijo de Dios, si trata en convertir a Dios en Dios suyo, sin desánimos ni pausa, y con todo el esfuerzo que sea necesario. El bautismo recibido un día ya lejano nos ha obligado a hacer de Dios nuestro único Dios y Dios se ha comprometido a considerarnos sus hijos preferidos.

La tarea no nos debe resultar demasiado difícil o penosa. Hay que caer en la cuenta de que no nos hace falta ser ya justos para poder ser hijos de Dios. ¿Qué padre está satisfecho de su hijo? ¿Y no es verdad que, aunque esta insatisfacción crezca mientras crece el hijo, no deja de ser menos hijo el hombre adulto ni menos padre el hombre descontento de su hijo? Ese, que es nuestro caso, es también el caso de Dios con nosotros. No necesitamos tenerlo contento para tenerlo como padre; pero será necesario considerarle padre y sabernos hijos. Nos debe resultar llevadero, pues, ser sus hijos amados, porque no exige previamente ser buenos hijos. Bastaría con hacerle de una vez por todos el único Dios de nuestra vida, para lograr de El amor indefectible y comprensión con nuestros defectos.

El bautismo de Jesús nos ha recordado que tenemos un Dios dispuesto a declararnos hijos suyos, siempre que nosotros tengamos el valor de confesarnos indignos de tenerlo como Dios. Un Dios que se proclama Padre de quien acepta ser un mal hijo, un Dios que nos declarará predilectos, cuando reconozcamos no haberle amado lo suficiente, ¿no es verdad que merece todo nuestro amor? No exige demasiado, para darse totalmente. Ése fue el Dios de Jesús en el día de su bautismo. Y éste puede ser nuestro Dios, si logramos vivir todos los días de nuestra vida el compromiso, que adquirimos el día de nuestro bautismo: quererlo y de buscarlo sobre todas las cosas. Y si nos alegra saber que desde el momento en que fuimos bautizados Dios nos consideró, al igual que a Jesús, hijos suyos, tendremos que caer en la cuenta de que no basta con que Dios quiera sernos padre, si no nos queremos nosotros hijos suyos; tenemos todo un año, toda una vida, para probar qué significa ser hijos de Dios. ¿Nos merece la pena intentarlo?